

DIALOGO SOBRE EL TIEMPO ENTRE NIETZSCHE Y PRIGOGINE

Alejandro Ramírez Figueroa
Universidad de Chile

RF En un encuentro casual y ficticio conversarán acerca de la realidad del tiempo, Nietzsche, por un lado, como autor moderno de la idea de la temporalidad como un anillo (y no como una espiral), imagen que soporta su doctrina del eterno retorno y, por otra parte, Ilya Prigogine, quien desde la física actual ha propuesto la teoría de la irreversibilidad del transcurrir del tiempo, expresada con la imagen de una flecha.¹ Ambas ideas -anillo y flecha- parecen irremediabilmente contrarias, lo cual haría presumir que son figuras, también, de dos teorías que no se tocan, sobre todo si se considera que, en principio, pertenecen a sectores diferentes: una a la metafísica, la otra a la física. Sin embargo, Prigogine, en uno de sus libros dedicados al tiempo en la física, habla de “eterno retorno” en la naturaleza en términos cercanos a su propio pensamiento, aunque sin que quede claro el por qué de esa cercanía. Esa posible aclaración es el tema de este diálogo.

¿Anillo o flecha?

PRIGOGINE: Sr. Nietzsche, mi apellido es Prigogine, me dedico a la ciencia y al encontrarme con usted aquí, en Sils-María, pienso que podríamos conversar un momento. Si me concede algo de su tiempo, me daría por pagado.

NIETZSCHE: No tengo mucho tiempo y no creo deberle nada a usted para que hable de pagar... pero, en fin, estoy de humor. Lo invito a que me acompañe hasta aquella cúspide más alta y así conversaremos mientras subimos. ¿De qué desea hablar?

¹ En realidad, Prigogine lo que hace es pensar acerca del tiempo sobre la base de dos ideas anteriores a él. La reversibilidad es un concepto casi definitorio de la mecánica, así como la irreversibilidad lo es de la termodinámica, como ya lo entendió Boltzmann en sus investigaciones sobre esta última.

- P: Subamos. Deseo hablar acerca del tiempo, sobre lo cual yo he escrito tres libros.
- N: Yo no creo haber tratado ese tema en forma explícita en mis dardos.
- P: Explícitamente tal vez no, pero sí, creo, está el tema contenido en su teoría del eterno retorno de lo mismo. Al menos en esa doctrina en particular me interesa a mí.
- N: ¿Y qué le interesa a usted de eso?
- P: Quiero compararla con la idea que yo tengo sobre el tiempo, al menos en la física.
- N: Entonces deberemos ver si ambas ideas, la suya que proviene de la física y la mía que es metafísica, pueden realmente ser comparadas. ¿Qué es lo que le inquieta realmente?
- P: Lo siguiente: a primera vista nuestras visiones son contradictorias...
- N: ...el miedo a la contradicción es uno de los vapores del idealismo...
- P: No se... pero quisiera exponer todas mis ideas y sus supuestos. Digo que parecen irreconciliables. Usted ha pensado el tiempo como un círculo y yo creo que, más bien, la imagen que le es más apropiada es la de una flecha.
- N: ¿Y, por casualidad, usted sospecha que no hay al fin y al cabo tanta diferencia entre las dos ideas, que una se podría reducir a la otra?
- P: En gran parte creo que sí. Es más, en mi libro² digo que hay un eterno retorno en la naturaleza, como en la sucesión de las estaciones, las rotaciones celestes, los ciclos orgánicos. Pero no sé si esto coincide con lo suyo.
- N: Yo tampoco. Pero, dígame: ¿cuál se reduciría a cuál?
- P: Eso es lo que yo quisiera saber. Me gustaría escuchar el planteamiento sobre el tiempo que hace en el eterno retorno.
- N: Otra vez deberé, veo, atragantarme con ese pensamiento feroz.
- P: Se lo pido porque esa idea nunca se la ha comprendido del todo; su significado nos falta.
- N: No me extraña. Pero, en fin, seré breve. No puedo explicar el eterno retorno sin referirme a la figura del superhombre y la voluntad de poder, pues proviene de estas dos. Muerto Dios, todo el idealismo platónico, todo el “mundo verdadero” del cristianismo, que son la misma cosa, ¿a quién acude el hombre ahora que ha desaparecido toda esa trascendencia? El pensamiento que me ha venido a la cabeza una y otra vez es que, no puede este hombre, si no quiere ir a parar a un ateísmo estéril, en un nihilismo, en el desierto plano y vacío del intelecto, donde no haya valores fuertes que sustentar, digo, este hombre no puede sino mejorarse a sí mismo; debe convertirse en un “sobre hombre”, no debe querer más ya

² Prigogine, Ilya; *Entre el tiempo y la Eternidad*; Alianza, Madrid, 1990, pág. 29 (En conjunto con Isabelle Stengers).

“mundos verdaderos”. Debe querer a sí mismo. El superhombre cree que, desaparecidos del horizonte de su vida “los hilos que nos mueven” (Baudelaire) tiene, él, el camino despejado para crear.

P: ¿Crear qué?

N: No cosas, por supuesto, sino valores nuevos; los valores se crean, no son absolutos. He allí la idea de la cual soy el primer mensajero.

P: De acuerdo, pero, ¿y el tiempo?

N: Demasiado apresurado, amigo. ¿Qué es lo que específicamente “quiere” esa voluntad de poder? La mayor restricción que puede tener una voluntad se refiere al tiempo; querer es querer el futuro. No se puede querer el pasado. La sobre voluntad es aquella que quiere incluso el pasado. Así ya no tendría ninguna restricción. Esto es lo que me lleva a la temporalidad circular. El círculo es exigido por la voluntad de poder. Si la voluntad de poder ha de ser posible, el tiempo ha de transcurrir circularmente.

P: ¿Por qué?

N: Entiendo; la idea de querer el pasado repugna a la racionalidad platónica...

P: No lo crea tanto, aunque eso lo expondré yo más adelante.

N: ...y le repugna solamente porque el tiempo ha sido pensado siempre como una línea, sobre todo, recta. La recta ofrece una representación ventajosa del antes y del después respecto de un punto intermedio que es presente.

P: Usted sabe muy bien que pasado, presente y futuro no son más que meros nombres, bastante pobres para referirnos a la percepción de lo que vivimos, pues sentir el tiempo es vivir. No nos vamos a desviar aquí pero, por ejemplo, baste considerar la gramática y lo que sucede con los tiempos verbales, con los llamados tiempos compuestos. Si digo “iré”, está claro que apunto al futuro. Pero si afirmo “Habré ido” ¿no aparece en este futuro un elemento de pasado, un pasado en el futuro? En realidad, todo esto está lleno de trampas; piense que, si vemos los objetos es porque la luz avanza hacia nosotros, para lo cual gasta tiempo. De acuerdo con esto, siempre vemos el pasado. Se ha repetido que como la luz demora en llegar a los ojos, cuando miramos (presente) una estrella cuya luz ha viajado, digamos 100 años, estamos mirando a la estrella como era hace 100 años. Exagere esto ahora. Me ve usted parado aquí; aunque la luz se haya demorado hasta sus ojos un tiempo infinitamente breve, usted me ve como yo era antes de ese lapso. Lo presente siempre es una pura ausencia.

N: Pero, de todas maneras, esas categorías temporales básicas se mantienen. Lo que usted me dice es que no son absolutas, lo que me parece distinto. En eso sí que estoy de acuerdo.

P: Así parece, pero no creo que debamos seguir por este camino. Me gustaría que llegara a su idea central sobre el tiempo.

- N: Que no es más que esta: decía, aún con las aclaraciones anteriores, que la temporalidad lineal representa la ubicación de un pasado y un futuro en relación con el instante en el que nos encontramos. Y, en ese esquema, la voluntad no puede querer el pasado, no puede querer que lo que ya pasó no haya ocurrido. He aquí la restricción máxima de la voluntad. Pero ese esquema lineal se completa con otra idea: la de infinito lineal; el tiempo se extiende hacia el pasado infinitamente, y hacia el futuro, también. Así, su transcurrir aparece como infinitos trozos en conjunción, uno antes que el otro, uno después del anterior, en una sucesión sin término. Esta representación es a la que estamos acostumbrados. ¿Y qué sucede si retorremos lo normal, lo mediocre, para trasladarnos a otra figura? ¿Qué pasa si pensamos de otro modo? Si saltamos con paso ágil de aquí en adelante, veremos todo claro.
- P: ¿Pero cuál es el problema que ve usted en esa linealidad? Supongo que no será por un disgusto geométrico...
- N: ¿El tiempo es en verdad una conjunción de instantes que se suceden al infinito? ¿Y si fuera de otro modo? El tiempo, como una linealidad, doblemente infinito, es doblemente eterno. De allí, Zaratustra concluye algo terrible. Si detrás de mi presente hay un pasado infinito, entonces todo lo que es posible que ocurra, esto es, todos los instantes que pueden ocurrir en el futuro, ya habrán sucedido en ese pasado, puesto que el pasado es infinito y, como tal, contiene a todo instante posible.
- P: Entonces, el asunto radica en la idea de infinito. Pero, ese paso que da Zaratustra es dudoso. Considere la recta de los números positivos en el eje cartesiano. Esa recta está compuesta de infinitos puntos a cada uno de los cuales les podemos asignar un número de ella. Se puede quitar una cantidad de puntos-números de esa recta y seguirán quedando en ella infinitos puntos. Es más, puede usted quitar infinitos puntos y seguirán quedando otros infinitos, como en un sombrero de prestidigitador. Y todo esto simplemente porque en esa recta cohabitan muchos tipos de números: los pares son infinitos; los enteros, también; los racionales, igualmente. Le quiero decir que el infinito se multiplica en muchos; no hay un solo infinito hacia el futuro.
- N: Es cierto que el infinito positivo es diferente del de los números negativos; pero le recuerdo que, a pesar de que he usado el concepto de “recta”, no estamos hablando de números sino de tiempos vividos, realidad a la que no creo se pueda aplicar directamente lo matemático o, mejor dicho, la división en partes. En todo caso, entiendo hacia donde se dirige su crítica; es cierto que, al existir muchos infinitos diferentes, un infinito en la recta positiva (el futuro, digamos) no es el mismo que otro de la negativa, para nuestros efectos, el pasado. El punto “más cinco”, del “futuro”, no se repite exactamente igual en el “pasado”,

pues allí encontramos el punto “menos cinco”. Pero todo esto, amigo, lo único que muestra es la inutilidad de la mera aritmética para nuestro asunto. Porque, señor Prigogine, aquí no se trata de argumentos; hay que dar un salto y situarse, sin más, en otra perspectiva.

- P: Sí, estoy de acuerdo. Por lo demás algo parecido es lo que yo critico a la física clásica referente a su tratamiento de la temporalidad. En todo caso, en la misma matemática las cosas no son tan claras; porque podemos recurrir aún a los números absolutos o de valor absoluto. En tal caso podríamos pensar que el “instante” cinco, sin signo, va a repetirse igual en el futuro y en el pasado. Pero basta de esto, que creo que al fin y al cabo no nos lleva por buen camino. Sigamos mejor por donde veníamos.
- N: De acuerdo. Decía yo que hay algo que, por sobre todo, espanta a Zaratustra: la doble eternidad del tiempo. Como tal pensamiento es un absurdo de enorme peso, piensa Zaratustra en eludirlo mediante otro pensamiento, a ojos de la mayoría quizá más absurdo; se trata del anillo. Es más fácil, después de todo, pensar en un círculo: si todo lo que puede pasar ya ha pasado, el tiempo es circular, cosa que implica que ahora la voluntad puede querer el pasado, pues el futuro está en el pasado. Imagínese usted en un punto, de pie, mirando hacia adelante, parado sobre una línea dibujada con tiza sobre el suelo. Es claro que un punto delante de usted nunca estará detrás suyo. Pero, si ahora se para sobre una línea que corresponde a un círculo de un radio muy grande, de modo que en lo inmediato no pueda percibir la circularidad de la línea, cualquiera deberá reconocer que un punto delante de sus ojos, ¡a su vez está a sus espaldas! Esta es mi idea del tiempo.³ Así, cuando la voluntad quiere el futuro, quiere el pasado. Lo que pasó, está en el futuro. Por lo mismo, entonces, el acto que estamos actuando ahora, como presente, inmediatamente será pasado, pertenecerá a uno de los infinitos puntos o instantes del pasado y, por ende, estará ya en el futuro. En este sentido, este acto presente se volverá a repetir. Pero, mi doctrina del eterno retorno de lo mismo tiene otro sentido, un sentido ético, lo que realmente me importa, y que prefiero dejar para más adelante una vez que usted me haya explicado sus ideas.
- P: Creo que mis ideas, en algunos puntos, se topan con su doctrina del tiempo.
- N: ¿Por qué lo cree?
- P: He estado trabajando, desde la física y desde la filosofía del conocimiento, podría decir, en una crítica a la forma en que toda la ciencia moderna hasta hoy, incluida la física cuántica, ha entendido el tiempo. Al escucharlo hablar sobre el

3 Esta idea está en Heráclito. Confróntese fragmento 103 (Diels-Kranz): “ksinón (común) es el principio y fin (arjé kai péras) del círculo (Epí kúklos)”.

tiempo me pregunto: ¿círculo; flecha; ambos o ninguno de los dos quizá? Pero, quisiera ir de a poco. La ciencia moderna, digamos desde Newton y su dinámica de los cuerpos, con todos sus desarrollos posteriores, ha supuesto un tiempo también lineal como el que postulo yo, pero completamente reversible.

N: ¿Y esa reversibilidad no implica circularidad?

P: No; se trata de otra idea, que hace mucho la vengo expresando en mis libros.⁴ Para Newton, la naturaleza física es concebida como un autómatas que obedece rígidamente a un pequeño número de leyes sencillas, universales y abstractas, mientras más sencillas, mejor. Esto implica estabilidad; eso es lo que se busca, la permanencia, que, por lo demás, es el programa del pensamiento teórico desde Parménides. Pero, también la física cuántica concibe el submundo como gobernado por leyes simples, aunque de tipo estadístico, probabilístico; aquí la ciencia ya no nos proporciona las “medidas exactas”, la certeza entendida de esa manera, sino que ofrece “paquetes” de medidas alrededor de los cuales fluctúa la medida que queremos saber. Aún así, se trata de leyes; conocer es buscar leyes de obediencia.

N: ¿Obediencia dijo?

P: Claro; la naturaleza debe “obedecer” a leyes. ¿No ha notado esa extraña relación entre razonar y obedecer?

N: Por eso mismo me llamó la atención escuchárselo decir. Ese asunto viene de Bacon, quien pensó que mandar sobre la naturaleza implica, primero, obedecerla. Una ciencia preñada de servilismo, sin duda. En realidad, al escucharlo no puedo dejar de relacionar esa búsqueda de permanencia propia de la ciencia con el cristianismo; su ciencia, señor, es una ciencia cristiana.

P: Nunca había escuchado tal cosa...

N: Me río cuando se coloca a la ciencia por un lado y al cristianismo por otro: ambos están enfermos del mismo mal: el amargado busca la permanencia, las leyes; se parece demasiado a la búsqueda de la trascendencia. Ambos, lo permanente y lo trascendente son lo mismo, el mal del hombre. ¿Se escandaliza?

P: Lo que me parece es que nos estamos alejando demasiado de nuestro asunto. Lo que decía yo era que la labor de la ciencia es reducir todo lo complejo y aparente a leyes simples e inmutables. Eso sería lo objetivo. Pero, he aquí que llegamos a nuestro asunto: la universalidad y simpleza máximas atrapan también al tiempo, pero no como decía Bergson, asimilándolo al espacio, cortando en pedacitos aquello que es una experiencia continua. Creo que, de algún modo, la crítica de Bergson es la crítica de Aristóteles a Zenón; recordémoslo por un momento.

⁴ Además del texto ya citado, cf. Prigogine, *La Nueva Alianza, Metamorfosis de la Ciencia*, Ed. Alianza, Madrid, 1990.

Zenón pensaba que el movimiento no tenía ser, pues no se lo podía pensar. Así, por ejemplo, un móvil no puede ir de A hasta B pues, siempre, hasta el infinito, debe pasar por sucesivos puntos intermedios. Alguna respuesta tuvo eso en el siglo 18. Considere esto: si damos a la recta AB que una el camino a recorrer el valor L, tenemos que $1/2L + 1/4L + 1/8L \dots 1/nL = L$, o sea, la suma tiende a L cuando n tiende a infinito. Pero yo pienso que hay otro modo por el cual el tiempo queda fuera de nuestra experiencia, diferente de la sucesiva partición; se trata de la reversibilidad. Que el tiempo sea reversible, como lo ha considerado toda la física moderna, significa que las leyes se independizan del tiempo, valen para ayer, hoy y mañana indistintamente. Todos los fenómenos pueden ser medidos hacia un futuro (predicción) y hacia su pasado (explicación) sólo con un cambio de signo aritmético. Hoy estamos presenciando un cambio en la ciencia que apunta a dejar de mirar a la naturaleza como si fuese un autómatas, donde nada nuevo puede pasar. Y el tiempo ha empezado a ser concebido como irreversible, esto es, de igual modo a como nosotros, cada ser vivo, lo percibe.

N: ¿Podría dar algún ejemplo?

P: Ampliaré lo dicho. El planteo reversible de Newton-Laplace pregunta: ¿cómo describir una velocidad que está variando constantemente? La respuesta: descomponer ese cambio en infinitos pequeños cambios. Así, Newton calcula la variación de velocidad en cada pequeño trazo de recta. La integración de todas las pequeñas velocidades debe dar la velocidad total del cuerpo. Siendo conocida la ley del movimiento y un estado instantáneo cualquiera de un sistema, se lo tiene completamente definido. Como decía Laplace, podemos conocer el desarrollo futuro del sistema. Pero, no sólo el futuro, sino también el pasado, el cual desemboca en el instante inicial en el que se considera el móvil. La dinámica concibe todos los instantes como equivalentes por lo que las diferencias entre pasado y futuro, en el fondo, desaparecen. No hay privilegios para las evoluciones del tiempo hacia adelante o hacia atrás. Bueno, todo esto hoy ya no es tan claro. A partir de la teoría de la evolución biológica todo se comienza a concebir como un producto, algo que tiene una historia; después de la Cuántica se ha descubierto un mundo activo, en el que se crean situaciones inesperadas, que no escapan al paso del tiempo; las partículas no son inmutables sino que se transforman, se agrupan en forma asombrosa y sorpresiva. El Bing-Bang también ha dado un sentido histórico; no hay más condiciones atemporales, leyes universales que, por serlo, debían ser válidas en todo tiempo. En el pensamiento clásico, un móvil puede ser determinado sin referencia a un tiempo que conduce hacia una dirección; el tiempo allí es sólo una medida (Km/hora, por ej.). Las categorías epistemológicas son ahora las del desarrollo, la historia, la creación. Y, sin embargo, pienso, está la paradoja de que todavía la ciencia no toma en cuenta la

flecha del tiempo. Si quiere un ejemplo de lo reversible: si se lanza al aire un objeto verticalmente, su ascenso hasta que se detenga y comience a caer, es una copia refleja del tiempo de su descenso. Subida y bajada son idénticos, digamos simétricos. El objeto vuelve a recuperar su estado inicial una vez que ha recorrido el camino inverso. Las cosas suceden como en un espejo.

N: Supongo que usted dice flecha, y no línea recta, por la dirección...

P: Así es. Pero, antes de terminar, me queda esto: la flecha del tiempo en la termodinámica. Al contrario de lo que pasa con el objeto lanzado al aire, si hacemos avanzar un cuerpo sobre una superficie, éste se calentará; sin embargo, sucede que, al retrocederlo hacia atrás, no se enfriará, sino que seguirá calentándose. La energía térmica no se vuelve a transformar en energía mecánica (movimiento). De igual modo, dos líquidos se mezclan fácilmente por sí mismos, pero, por sí mismos no vuelven a separarse. En esta física queda fuera el mundo dinámico de trayectorias y tiempo reversible, sin dirección. La segunda ley de la termodinámica propone que la temperatura va siempre de un cuerpo con mayor calor a otro con menor calor, hasta el equilibrio de la muerte térmica. Esto, a diferencia de la dinámica, no es totalmente reversible; la entropía indica una flecha del tiempo; el futuro está en la dirección en la cual la entropía aumenta. La degradación transcurre hacia el futuro. Las leyes de la dinámica son atemporales. Laplace creía que no hay sorpresas en los cambios, lo que implicaba concebir al universo como estable, sin tiempo propiamente tal. Pero, ahora que la física ha teorizado en términos de inestabilidad y sucesos inesperados que no pueden ser predichos aún cuando haya leyes, entonces el tiempo tiene una dirección. La termodinámica concibe fenómenos de autorganización espontánea entre moléculas, complejidades que no se compadecen con la forma determinista, con un mundo estático donde todo es predecible. Entonces, vivir es una lucha contra la entropía, contra el desgaste hacia lo indiferenciado.

N: Idea esa mucho más antigua de lo que usted se imagina.

P: ¿Cómo?

N: Pues, sí. Ni más ni menos. Hablaré por cuenta de Heracles. Veinte y más siglos se ha demorado el hombre en volver a ver lo que el mito de Heracles ya vio. Euristeo encomienda al héroe, como condición para su entrada al Olimpo, doce tareas. El sentido de esos doce desafíos es el de dar una imagen de la "antientropía", en su lenguaje. Heracles, en cada trabajo, va evitando quedarse dormido, helándose, sin horizonte, sin nada que vencer, sin parte alguna a donde llegar. De niño estrangula con sus manos a los dos dragones; ya mayor lucha y vence al terrible león de Testia; se enfrenta a las aves de la laguna de Estinfalia y a los bueyes rojos de Gerión. Estas faenas en las que consume su vida le permiten evitar incesantemente dejarse morir. No veo en su idea entrópica más

que el esfuerzo de Heracles.

P: Creo que sí; el tiempo para Heracles era vitalmente una flecha.

N: Eso ya es un decir suyo, amigo Prigogine. En todo caso, el tiempo es sólo un concepto hijo del socratismo.

P: ¿Por qué?

N: Sólo diré esto: ¿tiene sentido querer ordenar la cronología que rige las relaciones temporales entre dioses nuevos y viejos, héroes y titanes? Porque, como usted sabe, no existe mayor caos que el que hay en la genealogía de los dioses; padres que engendran hijos que, a su vez, han vivido antes que sus padres... Tales situaciones son ininteligibles para una cabeza socrática, que querría perfecta claridad entre el antes y el después. Pero no, el mito no tiene ningún interés en eso; el mito es antes del tiempo, por lo menos respecto de lo que hoy entendemos por ello, esto es, trocitos de instantes colocados conjuntivamente unos antes que otros, sea como querría la física clásica, sea como lo quiere usted. La racionalidad temporal no tiene para el pensamiento narrativo mítico ninguna importancia. Las genealogías de los mitos son la arbitrariedad misma. Los que estudian esto se quiebran tratando de descifrar, por ejemplo, las imposibles genealogías que se narran en la Iliada. O, allí están las fuentes, Apolodoro, Pausanias, etc.

P: Pero, que yo sepa, en el Génesis no ocurre tal cosa.

N: Porque es algo fuera del sentido lúdico del griego. Lo que para un genealogista moderno es asunto de razón temporal, de jerarquización y orden, para el griego mítico es un mero juego, algo que se hace por el placer de recitar listas interminables de nombres, por el solo goce de la palabra que sale de borbotones de la narración. Pero, volvamos al asunto de la flecha y el anillo.

P: Volvamos, y dejemos para otra ocasión la cuestión de la cronología. Ahora que hemos escuchado nuestras ideas podemos preguntarnos si hay relación entre el anillo y la flecha. Yo creo que hay puntos comunes.

N: Yo también lo sospecho; más bien ya está a la vista que sí.

P: Pero antes de hablar de eso, necesito una aclaración sobre el eterno retorno que quedó pendiente. ¿De qué se trata allí al fin y al cabo? ¿Se trata de que volveremos a vivir de nuevo lo que ya vivimos?

N: No, eso es imposible, es una caricatura. Se trata de algo en extremo diferente. El eterno retorno no es, como teoría, una descripción fáctica de lo que pasa. Es una cuestión de una moral diferente a la moral cristiana. Allí se da este otro tiempo, no físico. El cristianismo no tiene su valor en su poder descriptivo; la verdad de una idea radica en su utilidad para el fortalecimiento de nuestra vida. Y así como la importancia del cristianismo radicó en que pudo ser capaz de conformar a un determinado tipo de hombre, de igual modo planteo yo la doctrina del

eterno retorno. Su valor está en que podemos cambiar esa moralidad cristiana por otra nueva, cuyo principio sería: haz las cosas como si tu hacer fuese a repetirse siempre. Porque cuando, muchas veces, hay algo que no nos gusta, que hemos hecho mal, podemos ampararnos en que eso “ya pasó”. Si usted, a punto de cometer un crimen, se pregunta: ¿haré esto queriendo que de nuevo me vea en esta situación?, entonces verá el horror de lo que está por hacer.

P: Entiendo; de acuerdo con eso la figura del eterno retorno es en realidad, un anillo y no una espiral, que es la imagen que la acercaría más a mi idea de flecha.

N: Es un anillo. Pero olfateo que, aún así, estamos a punto de tocarnos y que el anillo se superpone a la flecha.

P: La experiencia del tiempo tiene dirección hacia el futuro. Por lo que he entendido, el eterno retorno en ningún momento plantea una reversibilidad de lo vivido. En todo caso se trataría de volver a vivir lo vivido, y eso es siempre futuro.

N: Lo que pienso es que, en este caso, la circularidad o la linealidad no importan; lo que define la cuestión es que ambas tienen dirección y explican un tiempo que nos pasa a nosotros, no en la mente de los que lo miden. En esto se da un encuentro sin escándalos entre una idea filosófica y otra física. El eterno retorno, como imagen del tiempo que es (entre otras cosas), no nos hace añorar ni mirar lastimeramente al pasado; todo lo contrario, cuando vamos a actuar, queriendo que ese actuar y lo actuado se repitan siempre, estamos ante el futuro. Todo esto me hace quedar con la idea de que, a pesar de lo cercano que están nuestras ideas, no podemos reducirlas una a la otra. Si bien el eterno retorno no implica un tiempo reversible, mantiene una significación diferente que su flecha. Pero, debo decirle algo que he vislumbrado en esta conversación: veo en su “flecha” una pretensión rara, de enceguecerme, de eliminar mi pensamiento, aún cuando vemos que pueden coincidir en mucho.

P: Estoy de acuerdo con lo de la reducción, pero, ¿Por qué me ataca? ¿Dónde está el peligro?

N: El peligro está precisamente en la coincidencia. El anillo es la temporalidad no cristiana, a la que usted quiere rescatar o, mejor, retener: la historia tiene un fin, un final de los tiempos hacia donde avanzamos sin remedio, y todo eso.

P: No sé, no lo había pensado así... En todo caso creí que estábamos preferentemente en el plano epistemológico.

N: Nunca se está en un único plano. Piénselo, usted que está en la física de la complejidad. En fin, ¿no cree que ya es hora de que empiece a bajar? Muy pronto se oscurecerá totalmente.

P: Así veo, pero, ¿Usted no baja?

N: No. Yo me quedo aquí, en lo alto, para ver una nueva aurora. Hasta luego.

P: Hasta luego... En todo caso, no sé si he aclarado mis ideas...